

# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

habido y por haber. Esta situación fue definida acertadamente por Vázquez Montalbán como la «mixtificación de la impotencia».

Como complemento interesante se adjunta un índice esquemático de la arquitectura contemporánea española, y una breve antología de textos, que leemos con la curiosidad un poco malintencionada con que repasamos postales antiguas para cerinos de las «posturas». ■ LEOPOLDO URÍA.

## ARTE

**Javier Morrás**  
Sala de Cultura  
de la Caja de Ahorros  
de Navarra. Tafalla

Hace más de un año —¿o acaso más de dos?—, con motivo de mi estancia en Pamplona para dar alguna conferencia en aquella sala de cultura, tuve ocasión de conocer la actividad de un grupo de pintores que practicaban una manera especial de realismo: Pedro Osés, Aguerreta, Javier Morrás, etcétera. Más que de un realismo, se trataba de una especie de hiper-realismo, puesto que se vulneraban con toda deliberación las reglas del viejo juego figurativo, para adentrarse, cuando un cierto énfasis era necesario, en el campo de la tridimensionalidad extrapictórica... Pero no se trataba, no, de ampliar el campo dimensional de la pintura. Se trataba solamente de ampliar el campo dimensional de la realidad. Era una forma peculiar que estaba adoptando la pintura de allí, de Navarra, y yo la llamé entonces a esa manera de entender el campo de acción de la realidad, la «escuela de Pamplona». Pasó un poco de tiempo antes de que yo tuviese que volver por allí. Pero esta primavera el día antes de ir a un nuevo ciclo de conferencias, fui aquí, en Madrid, a la galería Grosvenor para ver una exposición de Isabel Baquedano.

no, navarra ella también. El tratamiento pictórico no era el mismo que el de aquella gente, pero la óptica con que se mira a la realidad, sí. Y hasta el mismo tipo de testimonio de la realidad. Esto fue lo que me hizo refrescar mi vieja afirmación relativa a la existencia de una escuela pictórica que yo llamé «escuela de Pamplona». Pero, ¿por dónde andaría entonces «la escuela de Pamplona»? ¿Estaría reafirmando en su vieja fórmula? ¿La habrían abandonado o andarian por caminos diferentes? Ya lo de Isabel Baquedano me hizo pensar. Porque, ciertamente, ni su estilo ni su procedimiento eran de la misma familia que la de aquellos muchachos, pero lo que me hace afirmar la existencia de una escuela no es la identidad de procedimientos, ni siquiera la coincidencia estilística, sino la convivencia en una misma realidad. ¿Seguirían manteniéndose en esa misma parcela de la realidad los jóvenes pamplonicos? Cuando volví a Pamplona, quise averiguar qué es lo que se había producido entre esa gente. Afortunadamente, nada más llegar que Javier Morrás, uno de los componentes de la «escuela», estaba celebrando en aquellos días una exposición en la Sala de Cultura..., no, no de Pamplona: de Tafalla.

¡Qué bien! De manera que en Tafalla, en una pequeña ciudad, mejor dicho, en un pueblo más bien campesino, hay exposiciones de arte... Sí: la misma institución que a mí me invitaba a dar un ciclo de conferencias en Pamplona sobre «Los caminos del arte moderno», organizaba exposiciones de vanguardia en Tafalla... Esa es una labor que tenemos que agradecerle a la Caja de Ahorros de Navarra. Y algo nuevo debe pasar en Navarra cuando los cuatro días que duró el ciclo tuve la sala llena, y se discutió y se dialogó. Se dirá: es la presencia de la Universidad. Pues no. La Universidad, allí, al menos de manera evidente, no hizo acto de presencia para nada, ni falta que hizo.

Pues volviendo a lo que iba, yo vi la exposición de Javier Morrás en Tafalla, creo que en su último día. Había un público a medias rural, que miraba con un interés sumo aquellas co-

sas... Si no hubiera sido por un cierto pudor, cómo me hubiera gustado quedarme allí una tarde hablando con esos espectadores...

¡Y pensar que más de una vez, en los momentos polémicos entre la abstracción y la representación, se le llamó al realismo «arte

visión panfletaria de la realidad. Pero en lo sustancial no ha cambiado nada. Porque en él lo sustantivo es la realidad misma; lo demás es procedimiento para captarla de esta manera o de la otra.

De todas formas, esa estética, la de Morrás, como



objetivo! Claro está que Javier Morrás, el realista, el hiperrealista, ni es objetivo ni pretende serlo. El es «sectario, gracias a Dios», como una vez me dijo un «realista» que, más o menos, pensaba, aunque no pintaba, como él. El pretende decir algo cuya realidad no tiene que estar expresamente en eso que se señala, sino en un contexto general de realidades; algo como un símbolo. Pero él es un sectario con premeditación y alevosía. Como, además, es un crítico de muchas de las situaciones sangrantes o dolientes de nuestro mundo, se vale de imágenes-símbolos que cada una de ellas es como un manifiesto. Así, por ejemplo, ese Cristo con la boca amordazada —«El Cristo», como diría mi maestro Juan de Mairena—, cuya simbología es tan evidente, que no vale la pena insistir en ella; o ese joven que trata de ascender, pero al que un gancho feroz le mantiene atado al suelo... Sí: algo ha cambiado en la, digamos, «estética» de Morrás: ya no insiste tanto en la organización táctil de sus valores figurativos... En cambio, mantiene la colaboración fotográfica de su

la de toda la «escuela de Pamplona», supone un enfoque original y definitivamente nuevo de las cosas. Cuando tal sucede, hay que plantear ese problema a nivel general y hasta histórico; hay que preguntarse qué significa eso en el contexto de la última hora del arte.

A nivel general, esa actitud está inscrita en un panorama mundial del arte, que trata de volver a los caminos de la realidad representada: todas las formas del «pop», todas las formas de utilización del «comic», todas las formas de «realismo» y neorealismos figuran ahí. La «escuela de Pamplona» es una forma más, como, en otro sentido, la «crónica de la realidad». ¿«Una vuelta al camino de la realidad representada», digo? No se trata de un retorno: se trata más bien del encuentro de un camino verdaderamente inédito. ¿Qué significa ese camino?

La historia del arte, cuando se produce «sin permiso de los artistas», tiene sus movimientos de flujo y de reflujo: de sistole y de diástole. Esta acción hiperrealista es la diástole de una acción anterior que vi-

vimos hace ya años, y que fue el movimiento «abstracto». ¿Qué significó aquel movimiento? Ya lo dije muchas veces: la acción por la cual el arte se demostraba a sí mismo, encarnándolo en su propio cuerpo, la total autonomía de la realidad respecto a la representación. ¿Qué significa este otro movimiento o acción? No: no lo contrario. El actual movimiento hiperrealista significa la demostración de que el arte tiene deberes mucho más fundamentales que los de la misma estética: deberes simbólicos, deberes significativos y, sobre todo, deberes testimoniales. En una palabra, el arte quiere demostrar, demostrarse a sí mismo —y toda demostración del arte entraña una encarnadura en su propio cuerpo—, que a lo primero que atiende es a su condición testimonial...

Lo que pasa es que cuando el arte toma una actitud demostrativa, como la que ha adoptado ahora, extrema sus acciones hasta el exterminio de cualquier actitud enemiga. La demostración extrarrepresentativa se llegó a constituir en antirrepresentativa: el arte abstracto. La demostración testimonial se ha investido de ultrarrepresentativa, y, más aún, en muchas ocasiones, de antiestética. ¿No se percibe un tufo antiesteticista en muchas de las manifestaciones más vanguardistas del presente? No es este el caso de Javier Morrás, el cual tiene una infusa conciencia de lo que prefiere y de lo que rechaza... Pero sí es el caso de muchos representativistas de este momento. Lo que pasa es que el antiarte de muchos artistas estará siempre hecho desde el artista mismo; es decir, desde el arte. Javier Morrás está tranquilo: él sigue haciendo el arte porque sabe muy bien que el objetivo está en otra cosa.

¿Es pernicioso ese movimiento extremista? No. Es, simplemente, un movimiento. El arte parece valerse de subterfugios —es decir, de matas próximas, abstracción o lo contrario— para alcanzar sus metas lejanas. Pero ahora lo que me interesa decir es que ese Javier Morrás, confinado voluntariamente casi nada más que a Navarra, es un puntal fundamental de la joven pintura española: por lo que hace y por lo que quiere hacer. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.